

La Ascensión del Señor a los cielos (Domingo 7º Pascua)

DISPONTE

Haz silencio interior y olvídate de todo lo que te preocupa. Prepárate exterior e interiormente para escuchar a Dios en la lectura. Pídele al Señor que se haga presente proclamando en voz alta la oración: **Señor, me pongo en tus manos y me dispongo a escuchar tu Palabra. Envíame tu Espíritu Santo que me ilumine en esta lectura espiritual para que me haga descubrir lo que me quieres decir con este texto bíblico y pueda encontrar tu voluntad y vivirla con alegría. Amén.**

LEE

Con pausa, lee el evangelio varias veces, hasta que empieces a entenderlo. Dale tiempo al texto:

Lc 24,46-53

En aquel tiempo, ⁴⁶dijo Jesús a sus discípulos: «Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día ⁴⁷y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. ⁴⁸Vosotros sois testigos de esto. ⁴⁹Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre; vosotros, por vuestra parte, quedaos en la ciudad hasta que os revistáis de la fuerza que viene de lo alto». ⁵⁰Y los sacó hasta cerca de Betania y, levantando sus manos, los bendijo. ⁵¹Y mientras los bendecía, se separó de ellos, y fue llevado hacia el cielo. ⁵²Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén con gran alegría; ⁵³y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios.

ESCUCHA – CONTEMPLA

Trata de identificar lo que el Señor quiere decirte. ¿Qué te llama la atención y por qué?

Celebra la Iglesia el triunfo pleno de su Mesías y lo hace conmemorando la Ascensión de Jesús a los cielos, a la morada de Dios. Lucas es el único evangelista que narra la subida de Jesús a los cielos, motivo que además le sirve como puente de unión entre sus dos obras: final de su Evangelio y principio de Hechos, lecturas que hoy leemos. La Ascensión es el vértice hacia donde se orienta toda la obra lucana, de esta manera, toda la misión de Jesús se presenta como camino de “subida” al Padre; la muerte no será un salto en el vacío, sino un paso a la gloria de Dios. De este modo, la Ascensión no significará la subida a una localización geográfica, sino a la esfera de Dios, el reconocimiento final al sacrificio de Jesús hecho en la cruz.

Las apariciones del Resucitado y su interés personal por convencer a los discípulos que Él ya no pertenecía a la muerte sino a Dios, prueban la gran confusión que supuso para ellos el sacrificio de la Cruz. Jesús comienza por resolver una dificultad que embargaba a los discípulos y a todos los miembros de su pueblo: el escándalo de la cruz: ¿cómo puede un crucificado ser el Mesías? Jesús remite a las Escrituras, pues es la máxima autoridad en Israel. Pero los discípulos, por sí solos, no están en condiciones de comprender de este modo las Escrituras. No se trata sólo de descifrar con más o menos acierto determinados pasajes de la Escritura. La comprensión de las Escrituras es el don

del Resucitado, la resurrección es la clave para comprenderlas. La Resurrección será el regalo que Dios hace para comprender en plenitud las Sagradas Escrituras.

El Resucitado hace que sus discípulos sean testigos. El reencuentro con él y su ascensión a los cielos completan la serie de acontecimientos que ellos deben testimoniar. Ellos como testigos oculares han de poner en marcha el anuncio destinado a todo el mundo. Sin embargo, los discípulos no pueden cumplir con sus propias fuerzas esta tarea tan inmensa. Por eso, Jesús les anuncia el envío del don que el Padre ha prometido. Dios Padre los revestirá de poder desde lo alto, les enviará el Espíritu Santo, que los capacitará para anunciar con valentía y de manera convincente la obra de Jesús y su resurrección.

Con la ascensión, Lucas da por finalizada la misión terrena de Jesucristo, colocándolo junto a Dios Padre en el cielo. La ascensión tiene un carácter simbólico, de signo. El “cielo” no se ha de entender aquí en sentido cosmológico, como “la esfera sobre la tierra”, sino en sentido teológico: “el ámbito de la presencia patente de Dios”. Los discípulos, al desaparecer Jesucristo en la ascensión, se muestran con inmenso gozo y ofrecen alabanza a Dios. Después que los discípulos han experimentado a través del Resucitado la acción más grande del poder de Dios, para ellos hay sólo una respuesta adecuada: la alabanza gozosa y llena de gratitud a Dios.

HABLA CON DIOS (REZA)

Vuelve a leer el texto e imagínate todo como si presente te hallaras. ¿Qué papel juegas tú en la escena? Agradece, contempla, adora a Jesús.

Padrenuestro, avemaría, gloria.

En mi primer libro, Teófilo, escribí de todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el comienzo hasta el día en que fue llevado al cielo, después de haber dado instrucciones a los apóstoles que había escogido, movido por el Espíritu Santo. Se les presentó él mismo después de su pasión, dándoles numerosas pruebas de que estaba vivo, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios. Una vez que comían juntos, les ordenó que no se alejaran de Jerusalén, sino: «Aguardad que se cumpla la promesa del Padre, de la que me habéis oído hablar, porque Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo dentro de no muchos días». Los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino a Israel?» Les dijo: «No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha establecido con su propia autoridad; en cambio, recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y “hasta el confín de la tierra”». Dicho esto, a la vista de ellos, fue elevado al cielo, hasta que una nube se lo quitó de la vista. Cuando miraban fijos al cielo, mientras él se iba marchando, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: «Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que ha sido tomado de entre vosotros y llevado al cielo volverá como lo habéis visto marcharse al cielo».

Salmo 46 Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas. R

Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo; porque el Señor altísimo es terrible, emperador de toda la tierra R

Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas: tocad para Dios, tocad; tocad para nuestro Rey, tocad R

Porque Dios es el rey del mundo: tocad con maestría. Dios reina sobre las naciones, Dios se sienta en su trono sagrado R

Hb 9,24-28; 10,19-23

Cristo entró no en un santuario construido por hombres, imagen del auténtico, sino en el mismo cielo, para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros. Tampoco se ofrece a sí mismo muchas veces como el sumo sacerdote, que entraba en el santuario todos los años y ofrecía sangre ajena. Si hubiese sido así, tendría que haber padecido muchas veces, desde la fundación del mundo. De hecho, él se ha manifestado una sola vez, al final de los tiempos, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo. Por cuanto el destino de los hombres es morir una sola vez; y después de la muerte, el juicio. De la misma manera, Cristo se ofreció una sola vez para quitar los pecados de todos. La segunda vez aparecerá, sin ninguna relación al pecado, para salvar a los que lo esperan. Así pues, hermanos, teniendo libertad para entrar en el santuario, en virtud de la sangre de Jesús, contando con el camino nuevo y vivo que él ha inaugurado para nosotros a través de la cortina, o sea, de su carne, y teniendo un gran sacerdote al frente de la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero y llenos de fe, con el corazón purificado de mala conciencia y con el cuerpo lavado en agua pura. Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos, porque es fiel quien hizo la promesa.

La carta a los Hebreos nos presenta la muerte de Jesús como el más perfecto de los sacrificios. Compara el resultado de este sacrificio, a saber, la entrada de Jesús en la morada de Dios, con la entrada del sumo sacerdote en el Sancta Sanctorum. Mientras el sumo sacerdote entraba en un santuario “hecho por mano de hombre”, Cristo ha entrado con nuestra carne “en el mismo cielo”. Allí intercede en nuestro favor ante el rostro del Padre.